

Proyecto editorial: Federico Polotto

Coordinación general de la obra: Juan Suriano

Asesor general: Enrique Tandeter

Investigación iconográfica: Graciela García Romero

Diseño de colección: Isabel Rodríguez

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 6

DEMOCRACIA, CONFLICTO SOCIAL
Y RENOVACIÓN DE IDEAS
(1916-1930)

Director de tomo: Ricardo Falcón

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

A 00
12576



IMPRESO EN ESPAÑA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2000, Editorial Sudamericana S. A.®
Humberto 1° 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-1857-X
ISBN O.C. 950-07-1385-3

COLABORADORES

Waldo Ansaldi
Universidad de Buenos Aires, CONICET.

Susana Bandieri
Universidad Nacional del Comahue, CONICET.

Marta Bonaudo
Universidad Nacional de Rosario, CONICET.

Adriana R. Chiroleu
Universidad Nacional de Rosario, CONICET.

Silvia M. Marchese
Universidad Nacional de Rosario.

Alejandra Monserrat
Universidad Nacional de Rosario, CIUNR.

Juan Manuel Palacio
Universidad Nacional de General San Martín.

Ana Virginia Persello
Universidad Nacional de Rosario.

Ana María Rigotti
CONICET.

Claudia Rosa
Universidad Nacional de Entre Ríos.

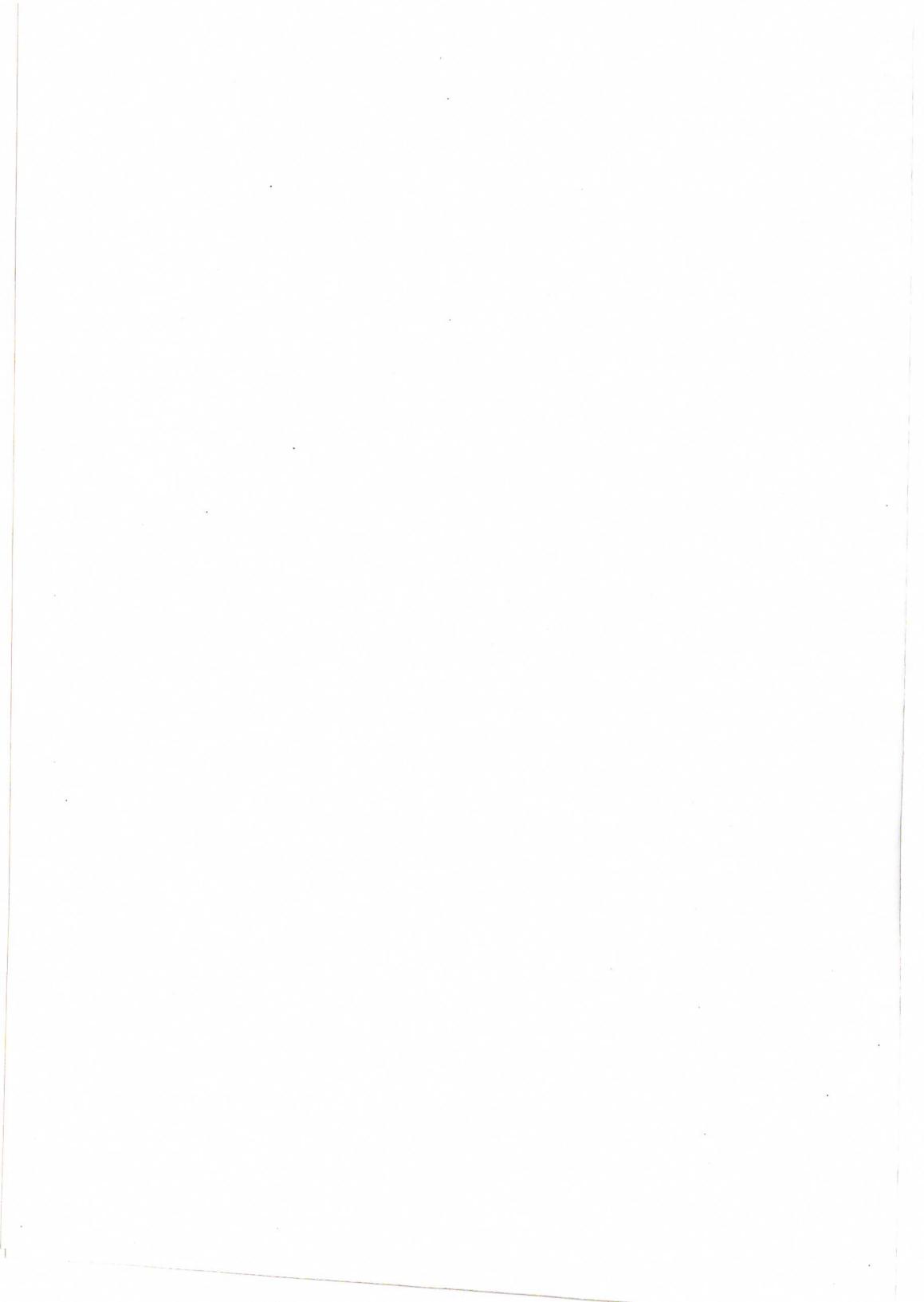
Sylvia Saítta
Universidad Nacional de Buenos Aires, CONICET.

ÍNDICE

<i>Colaboradores</i>	7
<i>Introducción</i> por Ricardo Falcón	11
<i>Capítulo I. La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático</i> por Waldo Ansaldi	15
<i>Capítulo II. Los gobiernos radicales: debate institucional y práctica política</i> por Ana Virginia Persello	59
<i>Capítulo III. La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914 y 1930</i> por Juan Manuel Palacio	101
<i>Capítulo IV. Estado, empresas, trabajadores y sindicatos</i> por Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat	151
<i>Capítulo V. Estrategias de las organizaciones empresariales para su participación en política</i> por Silvia M. Marchese	195
<i>Capítulo VI. La cuestión social agraria en los espacios regionales</i> por Marta Bonaudo y Susana Bandieri	229
<i>Capítulo VII. La ciudad y la vivienda como ámbitos de la política y la práctica profesional</i> por Ana María Rigotti	283
<i>Capítulo VIII. Militantes, intelectuales e ideas políticas</i> por Ricardo Falcón	323
<i>Capítulo IX. La reforma universitaria</i> por Adriana R. Chiroleu	357

*Capítulo X. La literatura argentina
durante los gobiernos radicales*
por Claudia Rosa 391

Capítulo XI. El periodismo popular en los años veinte
por Sylvia Safta 435



III



*La antesala de lo peor: la economía
argentina entre 1914 y 1930*

por JUAN MANUEL PALACIO



Gran campeón Shorthorn de septiembre de 1927.



¿CONTINUIDAD O RUPTURA?

La consideración del período que media entre el estallido de la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1930 ha generado algún debate entre los historiadores económicos. ¿Se trata, desde el punto de vista de la economía, de un período distinto del que lo precedió, con características propias que justifican su tratamiento separado o es sólo el producto del inevitable impulso periodizador, con que el historiador parcela la realidad histórica en fragmentos más aprehensibles al análisis? Una y otra posición parecen encontrar buenas razones para responder en forma disímil a esta pregunta y el acuerdo entre ellas no parece estar a la vista.

Para la perspectiva de la continuidad, este período, en el que la producción agropecuaria sigue siendo el sector más importante de la producción nacional y en el que la exportación de productos primarios sigue constituyendo el elemento dinámico del desarrollo, pertenece claramente a la etapa de la economía primario-exportadora o del “crecimiento hacia fuera”, que se había inaugurado con la inserción del país en el mercado

mundial a mediados del siglo anterior y no se interrumpe sino hasta la crisis de 1930. En estos años, tanto la naturaleza del crecimiento como su signo son los mismos que antes de 1914 y sólo puede percibirse un cambio en el ritmo del desarrollo que responde, más que a acontecimientos locales, a un crecimiento más lento de la economía mundial en su conjunto. Para esta óptica, el estallido de la Primera Guerra, lejos de implicar un corte fundamental con el pasado o un cambio en la matriz del crecimiento, representa una momentánea alteración del sistema, que no era la primera ni iba a ser la última de esta etapa, y que va a ser eficazmente sorteada con la conclusión de la contienda. A lo sumo, lo que la guerra inaugura es una etapa en la que las fuerzas integradoras de la economía mundial —el movimiento internacional de capitales, las corrientes migratorias y el comercio— pierden el impulso expansivo de la etapa anterior, con lo que el crecimiento sufre alguna desaceleración y se hace más errático. El producto bruto interno de la Argentina crece en promedio en el período a una tasa anual del 3,5%, frente al 6,3% de los 40 años anteriores a 1914, mientras que las exportaciones lo hacen al 3,9% anual frente al 5% previo a la guerra. Pero esa desaceleración no implicó una interrupción de la prosperidad, ya que todos los índices relevantes de la actividad económica, de hecho, crecen —y algunos de ellos mucho— entre 1910-14 y 1925-29.

Sin discutir estas cifras, una perspectiva más atenta a las discontinuidades considera a los años que van de 1914 hasta 1930 como un período definido en la historia económica argentina, que es necesario considerar separadamente. Si así no se ha hecho hasta ahora es porque, al considerarlo la última expresión de una época, los historiadores económicos le han quitado identidad al período, dejándolo encerrado entre los de “gran expansión” (1880-1914) y “estancamiento” (luego de 1930), aparentemente más definidos para el análisis. Los años que separan a una y otra época, que van de la primera gran crisis al colapso final de los años dorados del sistema basado en el crecimiento “hacia fuera”, representan un definido período de transición que es necesario estudiar con herramientas conceptuales específicas.

Para esta perspectiva, la Primera Guerra Mundial representa el primer gran shock externo del siglo veinte y un corte fundamental en la historia económica argentina —más aún que la crisis de 1930, entre los más extremos—, aunque no inaugure un nuevo modelo

de crecimiento. En primer lugar, porque por su intensidad no se trata de una crisis más entre otras. La paralización del comercio y los flujos de capitales y mano de obra fue tan drástica que hizo necesario un importante proceso productivo destinado a sustituir importaciones, que muchos vieron luego como decisivo en la formación de la industria nacional. Esta crisis, por otro lado, hizo tambalear el sistema monetario internacional y fue necesario el intervencionismo estatal para reencauzar las economías nacionales, al punto de generar en todo el mundo una reflexión sobre el rol del Estado en la economía que, si no era nuevo, venía ahora de la mano de una justificada desconfianza en “la mano invisible” del mercado. Pero además, la crisis de 1914 es importante en tanto cristaliza ciertos procesos que ya venían anunciándose en los años previos y que iban a cambiar el escenario económico mundial de manera decisiva al final de la contienda. Por un lado, cambios en la composición de la riqueza hacen que los mercados para las materias primas se estrechen y se vuelvan más volátiles de ahí en más; por el otro, la hegemonía británica en la región, ya debilitada por el rezago de su propia economía, recibe con la guerra un golpe de gracia y será reemplazada inexorablemente por la de los Estados Unidos, que se convertirá en estos años en el centro de las finanzas mundiales y el principal proveedor de crédito. Este hecho, lejos de ser el simple reemplazo de una potencia hegemónica por otra, significó para los países latinoamericanos un cambio radical en la modalidad de inserción al mercado mundial, en particular para aquellos cuyas economías estaban estrechamente ligadas a Gran Bretaña, como era el caso de la Argentina.

Mucho más, entonces, que la última expresión, más moderada, de la “gran expansión”, el período que inaugura la guerra es claramente uno de transición entre una época y otra, que a la vez que sigue viviendo del “crecimiento hacia fuera”, convive también con los elementos del mundo que viene. Indicios inequívocos de la nueva etapa son el límite de la expansión horizontal de la agricultura; el gradual incremento de la participación relativa de la industria en el producto bruto nacional; el estancamiento de las inversiones británicas y el aumento exponencial de las norteamericanas; la reorientación del comercio exterior; la creciente importancia del petróleo respecto del carbón y el consecuente desarrollo de los caminos y de los automotores, en detrimento del ferrocarril.

Cualquiera sea la perspectiva que se adopte para estudiar este

período, un hecho parece innegable: con la vuelta de la paz nadie quedó en la Argentina en el mismo lugar en el que estaba antes de la guerra, más allá de que esto haya sido advertido por los protagonistas de entonces —y son muchos los indicios de lo contrario—. Y esto, por el hecho fundamental de que “el mundo”, tal como se lo conocía en la Argentina antes de la guerra, ya no iba a ser el mismo. Inglaterra —el Sol de ese universo— se apagaba inevitablemente haciendo tambalear todo el orden que ella sostenía. Con su irremediable decadencia, lo que se pierde luego de la guerra en países como la Argentina es, para usar una expresión tomada de la psicología, la “confianza básica” en un sistema en el que el crecimiento parecía indefinido y sin fisuras, y los mercados, ilimitados y previsiblemente alcistas. La guerra, suele decirse, había marcado el fin de la *belle époque* en la Argentina. En contraste con el cobijo que suponía el imperio informal británico, la creciente dependencia económica y financiera del nuevo centro económico mundial —los Estados Unidos— se parecía mucho más a una intemperie. Suficiente prueba de ello fueron, durante los años bajo análisis, los equilibrios que se lograron con este nuevo influjo durante los años veinte (en las finanzas públicas, en el sistema monetario, en el comercio exterior y los precios, en la “cuestión social”), mucho más inestables que los de antes de la guerra —otro indicio claro de los tiempos por venir—.

El período 1914-29 tiene dos subperíodos definidos: uno de depresión, que se inicia antes de la guerra, y otro de rápida recuperación y expansión, de 1917 a 1929. Más específicamente, a uno de depresión, entre 1913 y 1917, le sigue uno de breve recuperación entre 1918 y 1921; una nueva recesión entre 1921 y 1924 y una renovada expansión entre 1925 y 1929, para caer luego en la crisis mundial desatada en ese último año. A los efectos del análisis, se tratarán separadamente los momentos de la Primera Guerra Mundial —con sus efectos de corto y largo plazo en la economía— y de los años veinte, para concluir con un breve análisis sobre la situación de la economía argentina en vísperas de la crisis. Dentro de esos períodos se analizará la evolución de los sectores industrial y agropecuario, el comercio, las finanzas y las inversiones externas, tratando de dar cuenta tanto de la coyuntura como de procesos de más largo plazo, a la vez que mencionar los principales debates historiográficos que subyacen a estos temas.